

Ors, Pablo J. d'

Mística, erótica y poética : la literatura como ejercicio espiritual

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ors, Pablo. “Mística, erótica y poética : la literatura como ejercicio espiritual ” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/mistica-erotica-poetica-literatura.pdf> [Fecha de consulta: ...]

Mística, erótica y poética

La literatura como ejercicio espiritual

VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LITERATURA, ESTÉTICA Y TEOLOGÍA

El amado en el amante. Figuras, textos y estilos del amor hecho historia

17, 18 y 19 de Mayo de 2016

Autor: Pablo d'Ors

Palabras claves: (5 – español e inglés): Unidad, diferencia, humor, escritura, silencio.

Resumen en 250 palabras (en español e inglés):

El punto de partida es la mística, la erótica y la poética como los grandes temas de la literatura en general y de la novela contemporánea en particular. Atravesados por la pasión de la unidad (del cuerpo en el erotismo y del espíritu en la mística), los grandes textos de nuestra cultura occidental son, precisamente, un canto a la nostalgia por la unidad primordial perdida en el Edén –tesis que se ilustra con la obra literaria de Hermann Hesse-; un canto a la diferencia y separación entre Dios y el hombre –tendencia encarnada fundamentalmente por Kafka, a quien se presenta como paradigma de escritor espiritual-; y, en fin, un canto irónico a la imposibilidad de una reconciliación en la poética postmoderna, ejemplificada aquí en la figura de Kundera con su poética del humor. Tras una breve presentación de la cultura teísta, atea y agnóstica que subyace tras estos tres planteamientos literarios que afrontan y reducen el Misterio, y tras explicar hasta qué punto la literatura contemporánea ofrece arte y crítica en el mismo lote, juntamente ensayo y ficción, se propone un cuarto camino: la vía del silencio, caracterizada por la pasión y la contemplación, no por la acción y el pensamiento y, por ello, abierta a una visión sapiencial, no meramente intelectual, de la cultura, en íntima conexión con el culto.

PARA EMPEZAR: LA CULTURA ANTE EL MISTERIO

La principal de mis virtudes como persona y como escritor ha sido probablemente la admiración. Decía Thomas Mann (uno de los escritores a quien más he admirado y a quien después, por esas cosas que tiene el destino, más he detestado) que “la admiración es lo mejor que poseemos. Si me preguntaran qué pasión, qué relación emocional con las manifestaciones del mundo, del arte y de la vida, considero la más bella, dichosa, provechosa, imprescindible, contestaría sin dudar: la admiración. La admiración es la fuente del amor, es ya el amor mismo.” Lo suscribo totalmente y por eso he acudido a este congreso, para hablaros de los autores a quienes admiro, en cuya estela me sitúo y de los que he aprendido lo poco que sé de lo que más me interesa en este mundo: la poética o el arte de escribir, la erótica o el arte de amar y la mística o el arte de contemplar. Este congreso no podía encontrar un tema que me fuera más afín: la literatura, la estética y la teología, disciplinas a las que he dedicado mi vida.

Comenzaré advirtiéndole que nací como lector y como escritor con Hermann Hesse –a quien leí en mi adolescencia–, que maduré con Milan Kundera –a quien leí en mi juventud– y que me fragüé con Franz Kafka –a quien sigo leyendo en mi madurez–. Entre los cientos y quizá miles de escritores a los que he leído en estos últimos cuarenta años, estos tres son quienes mejor encarnan para mí, en el mundo de las letras, el título que he dado a esta charla: “Mística, erótica y poética. La literatura como ejercicio espiritual”.

Poética, erótica y mística son, en mi opinión, los tres grandes temas de la literatura universal. Poética porque toda novela–y centraré mi reflexión en este género–, es, en mi opinión, una reflexión sobre la novela misma, así como sobre el acto de escritura. Todas las novelas que yo admiro –y en cuya estela he pretendido situar las mías–, son una reflexión literaria sobre el arte de escribir. El *Ulises* de Joyce, por ejemplo, es una transposición de la mitología griega a la jornada de un hombre cualquiera, lo que supone una relectura de un determinado pasado cultural. *El José y sus hermanos*, de Mann, es una propuesta de lectura psicológica de la Biblia, lo que también supone otra relectura de otro pasado cultural. *El hombre sin atributos* de Musil, en fin, se toma a broma el nihilismo de los existencialistas mediante un refinado juego de semiótica. La fiesta del arte no es ya para el autor austriaco la del símbolo, sino la del mero signo. Ni que decir tiene que Joyce, Musil o Mann, por seguir con los escritores citados, tienen un infinito interés en sí mismos y, por eso, en el acto de la creación. Sus obras no se reducen a presentar un mundo, sino que, en el mismo ejercicio literario, presentan su interpretación. Poesía y poética en el mismo lote, podríamos decir.

El protagonista invisible de todos estos textos literarios es la serpiente del paraíso bíblico. Porque el hombre y la mujer vivían plácidamente en su Edén hasta que, según se nos relata en el Génesis, la serpiente se atreve a romper esa armónica convivencia entre Creador y criatura con una reflexión, que siembra la duda, y con una propuesta, que desencadena el problema: “Dios sabe que el día en que comáis de ese árbol, vuestros ojos se os abrirán, y seréis como Él, conocedores del bien y del mal.” La trampa se ha tendido y, siendo codiciable, los hombres comen del fruto prohibido: se les abrieron los ojos, nos dicen las sagradas Escrituras, y conociendo que estaban desnudos, Adán y Eva se cubrieron con hojas. El paraíso de la naturaleza se había perdido y comenzaba no sólo la historia del pecado, sino la de la cultura. La unidad entre Dios y el hombre había quedado rota; daba comienzo el drama de la diferencia. Erótica y mística buscan, cada cual a su modo, esta unidad primordial: son las respuestas humanas antes

el misterio. La poética, en fin, refleja esta búsqueda y, naturalmente, la experiencia de su dificultad.

Huelga decir que Hesse, Kafka y Kundera son, en este sentido, escritores profundamente eróticos y místicos. Pero mientras que Hesse representa la exaltación de la unidad –aunque sea como mera nostalgia y sin obviar el conflicto–, Kafka y Kundera representan, por contrapartida, la exaltación de la diferencia o imposibilidad de una reconciliación. Hesse ensalza la naturaleza y, en general, se muestra crítico y disconforme con el desarrollo técnico propio de la civilización. Kafka y Kundera, en el otro bando, incapaces de escapar del sistema con algo que no sea un engaño, deciden enamorarse del infierno. Ellos son urbanos e intelectuales, melancólicos, irónicos, lascivos... Por su mirada lateral, distante y sarcástica, muy bien podría designárseles como “ideólogos del mal”. Una de las tesis de esta ponencia es que la literatura del XX se ha movido sustancialmente entre estos dos polos, si bien con mucha ventaja para el segundo. Trataré de apuntar, al final de mi intervención, a una posible síntesis entre ambos.

HERMANN HESSE: Misticismo versus erotismo

Como muchos de los adolescentes de mi generación, descubrí el placer de la lectura prácticamente de la mano de Hermann Hesse. Primero fue *El lobo estepario*, si no recuerdo mal. Más tarde *Siddharta* y *Bajo las ruedas*; luego, con trece años, catorce a lo sumo, me hice con sus obras completas y las fui leyendo una a una, con un rigor que aún hoy, al recordarlo, me conmueve. ¿Qué me gustaba tanto de aquellos libros?, me he preguntado a menudo. Porque en un primer momento yo quería ser como los personajes de los que ahí se hablaba tan expresivamente: deseaba ser Harry Haller, Peter Camenzind o Joseph Knecht. Pronto, sin embargo, muy pronto, no quise ser ya aquellas figuras de ficción, sino quien las había creado. Se trata de un desplazamiento interesante: pasé de querer cambiar mi vida a, simplemente, y no es tan simple, querer contarla. Este desplazamiento biográfico es el típico de la postmodernidad: ya ni siquiera interesa el individuo, sino sólo el relato de su odisea personal.

Siempre he defendido a Hermann Hesse frente a quienes lo han acusado de ser un escritor sólo para adolescentes. A mí, ciertamente, me hizo comprender desde muy joven la novela como épica del yo, es decir, a concebir la novela como un territorio en el que explorar narrativamente sobre la formación del individuo. Todas las novelas que merecen este nombre son precisamente eso: una exploración literaria en los paisajes existenciales del ser humano. Parece obvio, pero hoy ya no lo es, pues hay muchas novelas, quizá la mayoría, que no se ajustan a un marco tan amplio como el que acabo de abrir.

Es bien sabido que Hermann Hesse dedicó los últimos años de su vida no tanto a sus propios libros cuanto a responder a las más de diez mil cartas que, desde todas las partes del mundo, le escribían sus lectores para contarle asuntos de índole muy personal. Esto es algo muy hermoso, muy curioso: la literatura trasciende el ámbito libresco y se convierte en un instrumento de ayuda para el crecimiento de las personas, convirtiendo al escritor en algo así como un guía espiritual. Hesse fue un guía espiritual de toda una generación, eso es hoy algo admitido. Y muchos otros escritores después de él se han convertido en referentes morales de nuestra sociedad. Los profetas como representantes y baluartes de la profecía y de la mística.

No puede ser de otra manera desde el momento en que el tema de la obra narrativa de Hesse es, fundamentalmente, la dialéctica entre carne y espíritu (que es lo que interesa a todos los seres humanos o, al menos, a quienes todavía leen). Todos los

personajes hessianos están escindidos por este conflicto, algo que en *Narciso y Goldmundo* se ve de forma explícita y directa. De modo que el trasunto argumental de las novelas de este autor no es otro que el impulso al ideal en lucha permanente con la contrafuerza del instinto, eso que yo he preferido sintetizar en la dialéctica misticismo-erotismo. Toda novela es –así es como yo lo veo- un canto a ese sueño de los cuerpos a estar unidos, y a eso llamamos erotismo; y toda novela es, de igual modo, un canto a ese sueño de las almas a estar unidas, y a eso llamo misticismo. De modo que misticismo y erotismo están atravesados por la misma pasión: la unidad; y ambos quieren hacer frente a la mayor de las amenazas: la escisión o fractura en que vivimos con nosotros mismos y con los demás. Todas las novelas del mundo –también las mías- tratan sobre esta fractura; pero también sobre el anhelo típicamente humano de recomposición de la unidad. Todas las novelas del mundo abren en los lectores aún más profundamente esa fractura o, en el mejor de los casos, la restañan de algún modo con sus imágenes y palabras, con los mundos que reflejan o crean. En su obra literaria, Hesse reescribe una y otra vez el libro bíblico del Génesis. Pero no se resigna a la pérdida del paraíso.

FRANZ KAFKA: La escritura como ejercicio espiritual

Creo que bien puede afirmarse que la literatura moderna –cuyo padre espiritual no puede ser otro que Kafka- renunció al sueño de la unidad y exaltó la separación y fatalidad propias de la diferencia. Para sus más insignes representantes (y estoy pensando en Pessoa, Adorno o Pavese...) sólo hay diferencia, separación y soledad, realidades en las que nos invitan a habitar; para ellos todo es proyección de una unidad que ni existe ni existirá. La religión es sólo ley (Kafka y Freud) y el dualismo, que hace de este mundo algo tan oprimente como desesperanzador, es irreconciliable y radical: O matamos al padre –dicen- o el padre nos mata a nosotros (Kafka). O somos víctimas del instinto de vida o eros –dicen- o del de muerte o thanatos (Freud), aseguran de igual modo.

Autores como Sartre, Pirandello o Camus -por citar otros ejemplos, siempre herederos de Kafka-, ofrecen una mirada desnuda sobre la desnudez de la existencia. Estamos condenados a ser libres (Sartre). La existencia carece de consistencia (Camus). La vida es un juego de máscaras (Pirandello). Somos un grito sin eco (Munch). Sus textos, ajenos a lo barroco pero muy expresivos, son desgarradoras radiografías del individuo y de la sociedad. Sus obras carecen de hermenéutica y poseen, por contrapartida, la fascinante precisión de la fenomenología. Sobrios y honestos por principio, estos escritores, con Kafka a la cabeza, transforman la simbología en sintomatología, hasta el punto que todo es para ellos signo de una enfermedad. No hay paraíso, todo es tentación. Justo lo contrario de los católicos, para quienes –maniáticos de la trascendencia- absolutamente todo es simbólico y remite a Cristo. Pero el simbolismo –y conviene subrayarlo en este contexto- no es la solución sin más, puesto que una lectura simbólica sin matices tiende a pasar por alto lo concreto de la experiencia real.

Resulta obvio que esta mirada lateral y desconfiada, esta sospecha permanente que nos ha inoculado la Modernidad está ya en todos nosotros, también en los creyentes. Todos hemos interiorizado esta manera de pensar y vemos, siempre y necesariamente, el precio que hay que pagar, el lado oscuro o negativo de la realidad, las personas que quedan excluidas o marginadas de nuestras teorías y praxis, las contrapartidas, las minorías, lo marginal... En su afán hermenéutico, Heidegger, Freud o Joyce recurren constantemente a la elocuencia de las figuras de la tragedia griega (a Sísifo, Edipo, Prometeo, Ulises...); vuelven al mito, sí, pero sin creer en él; y lo hacen

para demostrar que la promesa de la plenitud (el fuego de los dioses, la cima de la montaña...) es vana y que el futuro, por tanto, está en suspenso. Quizá por esta razón, sofocada toda posible fe, el arte es para ellos la única esperanza, el último reducto para un mundo mejor.

Kafka, quien se mueve evidentemente en estas coordenadas, me interesa mucho como autor, pero también y sobre todo como arquetipo de escritor. Y me interesa como tal porque vivió la literatura como una religión, lo que significa que se ofreció a ella en sacrificio, que se inmoló en sus altares y que identificó totalmente escritura y vida interior. Todo lo dicho significa Kafka vivió la creación literaria como un auténtico ejercicio espiritual. Resumiré qué significa esto en dos puntos.

Uno. Entender la escritura como ejercicio espiritual significa en primera instancia fiarse más de la mano que de la cabeza, es decir, entender la escritura más como un trabajo manual que mental. Sostengo que Kafka escribió así: no tenía una idea y la escribía, sino que escribía y se encontraba las ideas. El texto es más inteligente que el autor. El autor es una mera ocasión para que el texto se escriba. El autor es algo así como un médium, lo que significa que todo autor debe ser lo más transparente posible.

Y dos. Practicada la escritura con este talante de escucha profunda -que es lo que posibilita que lo más personal pueda ser universal-, la escritura no queda reducida a un mero acto de comunicación, sino a un acto de auténtica revelación. Con esto quiero decir que Kafka no escribía simplemente para transmitir algo a alguien, sino para descubrirlo él mismo. Si la escritura fuera simplemente transmisión, sería en último término algo aburrido; lo que hace que resulte fascinante es, precisamente, que ni el propio escritor sabe lo que se le va a revelar.

Lo difícil no es escribir -lo he dicho repetidas veces-, lo difícil es tener una vida interior. Si escribes y tienes una vida interior, lo normal es que antes o después aparezcan en tu pluma historias o imágenes interesantes y emocionantes. La escritura no es sólo el cuerpo del pensamiento, sino el cuerpo verbal de la vida interior, de la que el pensamiento es sólo una parte. La intensidad de la literatura de Kafka proviene de la intensidad de su vida interior. Kafka, por otra parte, habla permanentemente de la nostalgia de la unidad y del abismo de la fractura, como no podría ser de otra forma. Sus temas son también, como los de Hesse y Kundera, la poética, la erótica y la mística, es decir, la búsqueda de la luz en la oscuridad del mundo y la necesidad e imposibilidad de contarlo. Kafka es el menos intelectual y el más espiritual de cuantos escritores conozco: no explica nada, sólo muestra. Es un artista muy puro. Por eso es, necesariamente, un autor para la madurez.

MILAN KUNDERA: Una arquitectura del humor

Si Hesse fue el escritor que colonizó mi adolescencia, Kundera fue el que protagonizó mi juventud. No fui, desde luego, un lector muy original: muchos lectores de mi época y edad compartían mi afición. Mi afición, sí, pero quizá no mi admiración y radical sorpresa al ver acuñadas en las palabras de uno y de otro lo que yo, con dieciséis o diecisiete años, o con veintiocho o veintinueve, creía que era la vida.

Si Hesse me enseñó cuál es el problema esencial -y hoy sigo pensando que en las palabras unidad y división se pueden condensar la solución y el dilema más radicales que tiene el ser humano y su actitud ante el misterio-, Kundera me enseñó que lo más habitual ante esta disyuntiva es fracasar, que el fracaso es la posibilidad existencial más frecuente, no sólo, también incluso la más digna. Si Hesse me decía en sus libros: Tú eres un místico. Aspira a los territorios de arriba, aunque los de abajo tiren de ti con violencia; Kundera me aseguraba: el hombre es *eros* y *thanatos*; no seas ingenuo y

habita en la fractura. Lo esencial de Kundera, en cualquier caso, es que esta poética de la diferencia y el fracaso es planteada como una arquitectura del humor.

Como autor típicamente postmoderno, Milan Kundera ha escrito novelas y reflexionado mucho sobre ellas no sólo en su famoso *El arte de la novela*, sino también en ensayos como *Los testamentos traicionados*, *Un encuentro* y *El telón*. Entre otros muchos asuntos Kundera explica ahí hasta qué punto es la novela un ejercicio de composición afín al de la música, a la que el escritor checo es muy aficionado. Escribir un libro es para el autor de *La broma* componer un juego de espejos, entretenerse con lo que llamo “correlaciones biográficas” o correspondencias entre experiencias. La elocuencia de una palabra o de una imagen no proviene para este autor tanto de sí misma cuanto de su adecuada y reveladora disposición en una arquitectura. Pero una arquitectura que, por sólida que parezca, debe invitar al humor.

La novela nace para Kundera con la Modernidad y, por tanto, con la risa del hombre ante el proyecto de Dios. El sujeto moderno nace, como es sabido, con la negación del teocentrismo y, en consecuencia, con la afirmación de la relatividad del mundo y de la consecuente ambigüedad moral. Los correlatos narrativos de Descartes o Kant serían, para él, Boccaccio o Cervantes, en quienes bien podríamos situar el inicio del arte de la novela. Sea con el *Decamerón* que con el *Quijote*, el humor, es decir, la risa del hombre ante la trampa de un mundo que ya no está bajo los designios divinos, ocupa un gran protagonismo. Tanto que Kundera llega a decir que el humor lo inventa la novela, que es lo propio de este género.

He sostenido repetidas veces, y aquí quiero hacerlo una vez más, que el humor es la manera más elegante de ser humilde. Que humor, como humildad, vienen de *humus*, tierra. Y que tanto más trascendentes somos, tanto más necesitamos del humor, para no resultar tan graves o pesados. En Hesse no hay humor, Hesse es demasiado grave. Introducir el humor en el ámbito del erotismo, en cambio, y eso es lo que hace Kundera, lo convierte en algo explosivo. Introducirlo en el ámbito del misticismo, suele convertirlo en blasfemia. Este es un asunto delicado, cierto, y más en nuestros tiempos, pero hay que reconocer que teóricamente muy interesante y, diría más, un asunto sin resolver. En efecto: el binomio trascendencia y humor no está resuelto. Tal vez por ello, por la falta de humor y de humildad, las iglesias cristianas han perdido buena parte de su clientela.

El humor es un tono o un bálsamo, podríamos decir, con el que la reflexión narrativa sobre el misticismo y el erotismo, deja de resultar grave, como es propio en la filosofía o en el pensamiento, y pasa a ser ligero, que es lo propio de la novela. Quiero decir que si Pirandello, Sartre o Camus dramatizaban la separación y diferencia que Kafka se había limitado a mostrar, Kundera se ríe de ella, dejando a la Modernidad en el disparadero de la Postmodernidad, en la que todo se limitará a ser un juego. Toda buena novela pone en tela de juicio, según Kundera, la autoridad constituida y presenta la riqueza poliédrica de una realidad que –es obvio– no se deja domesticar. Esto lo hace la novela contando una historia desde muchos puntos de vista, no solo desde uno. Y ello hasta el extremo de que el novelista no se identifica con lo que piensan, dicen o hacen sus personajes. En una novela todos los personajes tienen razón, una parte de la razón; el lector puede identificarse con cualquiera, aún con los más perversos, pues también ellos pueden –deben– resultar entrañables (o, al menos, comprensibles).

La novela es por ello anti-ideológica, es decir, quiere salirse del drama de la serpiente; pero no quiere escaparse por la vía de la negación o porque no contenga ideas, sino porque contiene demasiadas. Tantas que, con frecuencia, no hay ninguna que aventaje a las otras. La novela es democrática: todos tienen su sitio, cada cual tiene su trozo de pastel; las verdades más descabelladas parecen razonables y las más

razonables, al menos a veces, muestran su rostro más precario y banal.

La novela, por tanto, no es un territorio donde el bien y el mal queden claramente diferenciados; no es el territorio de Adán, Eva y la serpiente; no es un espacio donde las ideas sean claras y distintas –cómo con no poca frecuencia gusta a la teología–. Todo lo contrario: el bueno puede retorcerse en malo y el malo en bueno. Es un escenario en el que caben todos y en el que lo pequeño puede tener una relevancia de la que carece para los historiadores. La novela, con Kundera, es el territorio de la levedad del ser.

PARA TERMINAR: LA VÍA DE LA COMPASIÓN Y DEL SILENCIO

Hesse, Kafka y Kundera afrontan en sus obras el misterio de la vida, que hemos sintetizado en la dialéctica unidad y diferencia. Pero o son nostálgicos del paraíso primordial (Hesse) o subrayan dramáticamente su pérdida (Kafka) o se ríen de ella (Kundera). Es así como representan, cada cual a su modo, la cultura teísta, atea o agnóstica que sobreviven en la actualidad.

La pregunta es si cabe al arte y al pensamiento, a la literatura y a la estética, al ser humano en definitiva, algún otro camino. Mi respuesta es que sí y eso es lo que he venido a decir a este congreso: cabe la vía mística, cabe el camino de la contemplación, cabe una cultura –una escritura, una reflexión- que no reduzca el misterio, sucumbiendo a la eterna tentación de la serpiente, sino que lo respete: una forma de mantener la tensión entre unidad y diferencia sin disolverla, sino posibilitando su fecunda armonía; una manera, en fin, para no tener que elegir entre el padre, la madre o la risa, entre lo que nos separa, lo que nos une o la ironía. Esa vía es la del silencio y la meditación.

El camino del silenciamiento interior consiste en una puesta en sintonía (y por eso es un acto cultural) del espíritu con la naturaleza. Procede no por la tradicional vía del análisis, sino por la de la síntesis: no, por tanto, por trillada senda intelectual, que necesariamente subraya la particularidad, sino sapiencial, que por fuerza destaca la noticia general. La cultura –y esto es lo que subyace en esta propuesta- no es algo meramente mental; también es espiritual: cultura y culto deben ir unidos; ambos permiten ese cultivo al que todo ser humano es continuamente invitado para desplegarse y crecer en humanidad. Frente al pensamiento totalitario y la acción, típicos de las ideologías, y frente al pensamiento blando y la resignación, típico del escepticismo irónico, la vía meditativa propone la contemplación y la pasión, esas son las cepas de las que deben nacer el ensayo y la ficción. En otras palabras: la meta del ser y la senda de la simplicidad.

Cómo articular esa contemplación es, desde luego, la tarea de este siglo, que o será místico o no será. Por lo que se refiere a la pasión, no apelo simplemente a la lástima, sino a atravesar el propio dolor y a compartir la pasión del otro, es decir, a dejarse estigmatizar por la realidad. La compasión me parece no sólo una mirada más benévola sobre la realidad, sino también más justa y necesaria. Compasión con Adán y Eva, que sucumbieron y rebajaron su proyecto de humanidad. Compasión también con la serpiente, que les tentó. Compasión, en fin, con el propio Dios, que les colocó en ese escenario. Porque en la vida no hay sólo bofetadas, también hay caricias. Porque quien escribe sólo sobre las bofetadas es injusto con la realidad y ofrece un espejo deficiente y deformado del corazón humano. Conozco pocos escritores compasivos. No es fácil. Supone la experiencia contemplativa. Es la meta, la tarea para el futuro.

La historia de la literatura, en particular la de la novela, se ha presentado como el relato de una temporada en el infierno o como la entrada en el corazón de las tinieblas. Es una visión muy chata, porque la experiencia humana demuestra que en esta vida hay infiernos y cielos, luz y oscuridad. La literatura no es sólo, y con esto concluyo, un canto a la fractura o un canto a la nostalgia de comunión; la literatura es también –debe serlo- un humilde homenaje a la pasión y a la contemplación, un camino hecho de palabras y silencios –no sólo de palabras- no ya al paraíso perdido, sino al eterno.

Pablo d'Ors
Enero de 2016